

La calle para el martes 20 de febrero de 2007
Diario de un espectador
Fronroso Pellicer
por miguel ángel granados chapa

Como los ríos, como los árboles de su Tabasco natal, Carlos Pellicer —muerto el 16 de febrero de 1977, efemérides que da pie a que lo recordemos—era caudaloso y frondoso, poeta de la abundancia verbal que no por eso abatía la calidad de sus imágenes, el brillo de sus metáforas, la penetración de sus definiciones. Queremos leer muestra de su poesía con ustedes, que se toman la molestia de acompañarnos en esta página y que ayer tuvieron delante de los ojos el retrato del poeta trazado por Ricardo Garibay.

Inducidos por hechos ocurridos hace poco, leeremos el poema Fanny Anitúa, por la sola circunstancia de que el hijo dilecto de esa gran soprano mexicana nacida en Durango, el palabrista Arrigo Cohen Anitúa, falleció hace algunas semanas, y porque también hace no mucho enmarcamos el cincuentenario de la muerte de la poeta chilena Gabriela Mistral, primera persona latinoamericana en recibir el Premio Nobel de literatura.

A Fanny Anitúa dedicó estas líneas, fechadas en marzo de 1928, en Roma, cuando ella triunfaba en la ópera italiana:

“Amiga mía: la primavera/ llega en tu voz y dice las canciones:/ *Aurora, te quiero, te quiero...*/ Y el crepúsculo romano/ abre la hilera de sus pinos/ al cielo y a la mano/ que limita la brisa con jardines/ semidesnudos de aguas y de mármol./ Parten de tu garganta mensajera/ la nube de pájaros y las flechas/ diáfanas que orientan hacia el ritmo./ Tus labios saborean la /puerilidad de la primera rosa/ el mal puesto carmín de la segunda/ y el descaro gentil de la tercera./ En las esquinas de Roma/ leo tu nombre desde el tranvía./ / Y los nostálgicos obeliscos/ que oyen hablar de Amneris,/ siente en su caligrafía de pajaritos/ tu vuelo de canción medio-soprano/ blonda en las fuentes y azul en los pinos./ Desde mi palco al aire libre/ oigo el maravilloso drama de tu voz./ Palomas de bronce te traen granos/ de notas graves maduradas a lento sol;/ una siesta con lluvia iluminada/ te ofrece ápices de cumbres/ de alto agudo bemol./ Y por el timbre medio/ de la puerta entreabierto de tu voz,/ pasan las frases vestidas de pajes/ que van y vienen de la gruta contralto/ al clarísimo cielo veloz./ Paisaje tonal/ a través de la jaula de los ángeles,/ señal de otra señal/ superior al remanso desbordante/ de mi ocioso amanecer tropical./ ¡Tu voz prolonga la esperanza/ como el pan de medio camino/ o la jornada cintilante de una víspera nupcial!./ Eres la ventana optimista. La ventana optimista/ de la primavera junto al mar”.

A Gabriela Mistral dedicó siete sonetos, escritos en enero de 1957, justo en homenaje luctuoso a la poeta fallecida entonces. He aquí dos de ellos, el segundo de los cuales recuerda que la gran chilena se llamaba en realidad Lucila Godoy Alcayága:

“Gabriela, si hay dos muertes en tu vida,/ tu muerte se ha poblado de luceros./ Copas de luz con vino de jilgueros/ surgen del horizonte de tu herida,/ Todo lo que recuerda y lo que olvida/ mi memoria de ti, tiene floreros./ Salí a pulsar crepúsculos primeros/ y te estoy escuchando entristecida./ Comunicado con tus tempestades/ de pecho adentro, te oigo y me persuades/ de tanto corazón y tanto duelo./ Algo falta en el mundo, y ya se sabe:/ cerraron la ventana que da al cielo/ y en su limosna mi riqueza cabe”.

“Cualquiera de tus nombres: si es Lucila,/ se piensa en una estrella con cipreses./ Perfil de atardecer, collar de meses// de todo un año luz que se deshila./ Cuando digo Gabriela, se perfila/ la mañana más joven, los corteseses/ saludos entre lirios e intereses/ divinos y la luz como una esquila./ Si Gabriela y Lucila dan un cielo/ diferente, es igual su mismo anhelo:/ nacen, anuncian, brilla y enlazados/ se abrasan entre brasas de braseros/ donde los días son aniquilados/ por una alta presencia de luceros”.